

Promover una cultura democrática

Por Antonio José López Serrano

Siempre es bueno una reflexión sobre la democracia más cuando la distancia entre lo que es la democracia y lo que debería ser, nos obliga a pensar en una democracia en construcción. El fondo del asunto no está tanto en la palabra democracia, sino en entender en su justa medida los conceptos paralelos a la democracia, nos referimos a los términos de pueblo y de igualdad.

Es frecuente que veamos en los Medios de Comunicación Social referencias, casi siempre llevadas y traídas por los políticos profesionales, sobre la mayor o menor democracia de las decisiones políticas concretas y particulares, o la mayor o menor democracia de las instituciones. De alguna forma, se emplea el término democracia, como sustantivo. La democracia es el “gobierno del pueblo”. *Demos* significa pueblo; y *Cratein*: poder o gobierno.

Sin embargo, se suele discrepar, y con razón, sobre lo “democrático”, máxime cuando se emplea como adjetivo. En ese sentido se habla, por ejemplo, de la familia democrática, o de una Iglesia más o menos democrática, identificando lo bueno con la democracia y lo malo con el alejamiento de tal criterio. Se usa también, quizás atrayendo una mayor confusión al tema, el verbo “democratizar”, que se puso de moda no hace muchos años como aquella acción o acto de hacer o construir la democracia. Se habla de democratizar la escuela, por ejemplo.

Pueblo e igualdad

Sin embargo, el fondo del asunto no está tanto en la palabra democracia, sino en entender en su justa medida los conceptos paralelos a la democracia, nos referimos a los términos de pueblo y de igualdad. En democracia todos somos iguales, por eso la soberanía (el poder) reside en todo el pueblo por igual. Lo que no deja de ser una utopía difícil de aplicar en plenitud, pues no todas las personas parten ni tienen las mismas capacidades ni condiciones para gobernar ni para tomar decisiones políticas.

Esto nos suscita los primeros interrogantes. ¿Deben ser todos iguales, por ejemplo, en una escuela democrática? ¿Podemos concebir una familia donde todas las opiniones valgan lo mismo? La isonomía, la igualdad normativa, no es sinónimo de igualdad material ni real. De ahí que los riesgos que puede sufrir una democracia sean altos, pues no siempre la mayoría tiene razón o sabe qué hacer ante un problema.

La democracia puede llegar a ser injusta y equivocada en sus decisiones concretas, y esto es algo que debemos asumir para comprender los límites de esta forma de gobierno, sus bondades e imperfecciones.

La democracia es simplemente una forma de organización política (sistema), una estructura que permite la toma de decisiones políticas. Pero la misma noción de democracia y



su ejercicio ha variado a lo largo de la historia, incluso de una manera sustancial. Tiene poco que ver la democracia ateniense de la nuestra, y percibimos en muchas de las ideas que la circundan la democracia, que una cosa es el papel, la teoría, y otra la práctica política de la democracia. Hoy día concebimos la democracia como una conquista; pero en una perspectiva dinámica, la democracia es una construcción no terminada, que pide la presencia de los ciudadanos, entre los cuales estamos los cristianos comprometidos con el Reino de Dios.

Nacimiento de la democracia

No podemos olvidar el origen y la razón de ser de este sistema político, y es que la democracia siempre ha estado ligada, desde su nacimiento en la antigua Grecia, con la conquista de un territorio de poder frente a un grupo social casi siempre acomodado y dominante. La democracia griega, muy imperfecta, llegó con la mejora económica de Atenas. Los comerciantes y nuevos adinerados quisieron participar en las decisiones de su ciudad-Estado y forzaron los cambios frente (o contra) una aristocracia dominante en la ciudad. Su llegada, ni que decir tiene, atrajo a los retóricos y a los sofistas, maestros de las palabras, que enseñaban a hablar y a vender las ideas en público. Aquel nuevo ambiente tuvo sus consecuencias, y no todas positivas.

Entre los beneficios para la historia, podemos decir que la democracia impulsó una secularización en las normas de la polis, que devino así más libre y más plural.



Se debaten ideas y se pelea por convencer al adversario político.

En el lado contrario, trajeron la demagogia y el alejamiento de la verdad como búsqueda común.

Se puede convencer al otro alejándolo de la verdad, engañándolo con falsos razonamientos, con falacias,... Si lo creía el pueblo, daba igual que fuera una mentira flagrante.

No olvidemos, y nosotros somos hijos de la cultura griega, que la condena de Sócrates tuvo que ver con ese ambiente demagógico-democrático que terminó persiguiendo a los “molestos” que buscaban la verdad por encima de convencionalismos sociales. Por eso, no debe sorprendernos la postura de Platón o de Aristóteles ante la democracia, que lo asimilaron con la degradación y la demagogia. El pueblo no sabe lo que le conviene, y prefiere hacerse daño no escogiendo la virtud.



La Biblia –y la tradición cultural semita que conforma nuestra cultura judeocristiana– no resuelve el problema de la autoridad humana, pero sí nos habla de jerarquía de la autoridad divina con respecto a las decisiones políticas de la autoridad humana. La norma humana debe someterse a la norma divina.

Aquellas normas que no busquen la justicia (misericordia) de Dios, están condenadas por dañar a las personas y ofender a Dios.

En la Biblia, el poder civil es más bien una fuente de maldad. Dios (en la tradición profética es constante) parece despreciar y situarse de manera lejana frente a los regímenes monárquicos, entre otras cosas porque son tiránicos y terminan haciendo el mal y alejándose de su voluntad. En el Primer libro de Samuel, Yahvé accede a darles un rey a los israelitas a petición y bajo ruegos del profeta Samuel, que tampoco cree en los reyes. El pueblo es aquí un insensato pues no sabe lo que es tener un tirano, así lo dice Dios. Le piden un rey porque los demás pueblos lo tienen. Para Yahvé es una cadena innecesaria. La historia le dará la razón, pues ninguno de los reyes de Israel fue en el sentido de la palabra “santo”. El que más se acercó a lo querido por Dios fue David y Salomón, pero también cometieron pecados graves que los distanciaron de la Ley de Dios. El resto de monarcas fluctuó entre la maldad y la tiranía con los escogi-

dos de Dios, los más débiles, hecho que fue denunciado por los profetas de Yahvé.

Sin embargo, también en la Biblia encontramos la esperanza de futuro puesta en un Mesías, el nuevo David, un futuro regidor de los destinos de Israel, alguien que tiene la autoridad del mismo Dios. De alguna forma, en la Biblia sí se valora un sistema de tipo monárquico, incluso se habla de una corte celestial que rodea a Dios. El Mesías será el que traiga el Reino, y ese Mesías, para los cristianos, es Jesús de Nazaret.

Pero el Reino de Dios que planteaba Jesús, no era de este mundo, y su principal característica es que lo preside Dios desde la misericordia, no desde la justicia que necesita este mundo.

En todo caso, esta imagen sirvió en su momento para que la Iglesia asimilara un modelo jerárquico, a semejanza de lo divino, donde no todos desempeñaban el mismo papel, y no todos desarrollaban los mismos carismas. Unos tenían que gobernar y tomar decisiones, precisamente los que habían recibido el carisma – ministerio de gobierno. Por esa razón, Pedro tiene un papel de gobierno específico en el colegio apostólico; y por eso los “vigilantes” o “episcopos” (obispos) gobiernan y presiden, pastorean la comunidad local, siguiendo los dictados de la misericordia evangélica.

La Iglesia jerarquía y comunión

Del cristianismo se infiere una concepción igualitaria en su relación con Dios, muy interesante para la posterior construcción de las ideas democráticas modernas. Los bautizados somos hijos del mismo padre, y por tanto hermanos. La Iglesia es una fraternidad. Es decir, el germen de una concepción contestataria a lo jerárquico ha estado en la esencia misma del mensaje cristiano, y su articulación concreta ha determinado una tensión que evoca una realidad.

El reino de Dios no es encuadrable en ningún sistema de gobierno político concreto, y la democracia no es una excepción.

Igualdad y jerarquía son dos principios complementarios en el Reino de Dios. Por eso, la Iglesia no es exclusivamente una jerarquía, también es una comunión de bautizados que se saben salvados por Cristo y que comen juntos de la misma mesa Eucarística. La comunidad, el Pueblo de Dios, necesita un gobierno, y tal perspectiva es ampliamente relatada en la Constitución Apostólica *Lumen Gentium* del Concilio Vaticano II.



Igualdad y jerarquía son dos principios complementarios en el Reino de Dios

Los dos principios organizativos (jerarquía y comunión) siempre han estado presentes en la Iglesia. Sin embargo, me fijo en una institución especialmente antigua, germen de la democracia contemporánea: la elección del Papa por los cardenales. Los cardenales eligen al Papa, y una vez acepta todos reconocen su potestad con gestos reverenciales y obediencia. Igualdad en la elección, jerarquía en la potestad.

La pregunta es cómo mantener la pureza y neutralidad en la elección, y evitar en lo posible y al máximo las injerencias de poderes ajenos. Esta fue una tensión que conquistó la iglesia en la Edad Media, su independencia civil, frente a las amenazas de la aristocracia romana, o las insidias de los emperadores y reyes europeos. La iglesia aisló a sus cardenales lo más posible para garantizar que no hubiera injerencias, y la elección fuera lo más “buena” posible.

Conciencia y conocimiento de lo que se decide

Esto nos lleva a pensar en una característica imprescindible para que la democracia funcione: la conciencia y conocimiento de lo que se decide. Formar la opinión pública, decimos hoy. De la misma manera en nuestra democracia, que suponemos adulta y formada, sospechamos de la manipulación, de la falta de conciencia de los votantes, o del nulo conocimiento con el que algunas personas acuden a votar, también sospechamos de la elección del gobernante cuando

intervienen poderes no deseados. Da igual que la propaganda y la influencia la tenga el Emperador del Sacro Imperio, como sucedía en los siglos medievales con el Papa, como que la tengan los Medios de Comunicación Social hoy.

Si se lesiona la libertad anulando la verdad, no aportando información, ofreciendo argumentos falaces y verdades a medias, o escondiendo intereses particulares, la elección desajustará la voluntad del pueblo y corromperá la democracia misma.

La distancia entre lo que es la democracia y lo que debería ser, nos obliga a pensar en una democracia en construcción.

Tampoco se nos puede escapar que la conquista democrática siempre se ha realizado frente al poder absoluto, frente a la monarquía absoluta, o frente a una oligocracia que detentaba el poder. De ahí que se perciba, en mi opinión de manera grave, una sospecha permanente contra la autoridad, incluso aunque sea legítima. Sospecha cultural que subrayaron los pensadores Marx, Nietzsche y Freud entre otros, y que impide construir, no una forma de gobierno del Antiguo Régimen, sino cualquier forma de gobierno, incluido el democrático. Afecta a la legitimidad, y es la puerta que abre cualquier atentado contra

el poder, justificado o no. Es la opción anarquista, que disuelve el poder y la autoridad por considerarlo negativo. El problema es quién y cómo tomará entonces las decisiones políticas. El problema de la autoridad es un principio que afecta a muchas instituciones imprescindibles, desde la sanidad, hasta la educación o la familia.

Eso no quita que el poder, incluso el democrático, haya tenido la tentación de extralimitarse en el respeto a la conciencia de sus ciudadanos, y haya pretendido anular de tal manera la construcción de la persona.

El poder democrático que arrolla a las minorías, y que las sepulta, está ejerciendo su poder de manera contraria al planteamiento cristiano y humano.

En este sentido, la Iglesia hizo una importante reflexión al respecto en el Concilio Vaticano II, donde se concibió el sistema democrático como el mejor sistema, o el menos malo, para respetar al hombre en su integri-

dad y sus necesidades de justicia, pero también la Iglesia ha sido consciente de que la decisión de la mayoría, por muy democrática que sea la votación, puede no seguir las directrices de lo evangélico.

Dicho de otra forma, cualquier democracia es un sistema temporal en construcción que no agota la fuerza ni la plenitud del reino de Dios en sus propuestas.

Edificamos el Reino de Dios, al menos esa es la intención de los cristianos que nos sumamos a las propuestas de mucha gente, propuestas que nos parecen buenas para todos, pero esa edificación siempre será imperfecta sin la mano de Dios.

De alguna forma, un sistema democrático implica que la persona puede elegir, está capacitada para hacerlo, se responsabiliza en su ejercicio, y asume las consecuencias de sus decisiones en comunidad. Ese es el ideal, y para conseguirlo la Iglesia, la comunidad cristiana en su conjunto, y la ACCIÓN CATOLICA GENERAL, deben reflexionar. Por

eso es tan nuestra la idea de formar cristianos para la sociedad y para transformar el mundo, entre otras cosas, porque **la caridad política necesita del conocimiento de lo que sucede, una reflexión sosegada y una acción respetuosa con los demás que permitan dar pasos hacia lo que pensamos y creemos. Es decir: Ver, Juzgar y Actuar.**



Cuestionario de trabajo personal y en grupo

«VER»: *Mirada creyente*

El creyente recibe de la fe motivación, iluminación y correctivos para la acción política. Pero sabe que desde la fe es llamado a seguir un camino cuya meta es siempre utópica.

Aunque los fines últimos siempre han de ser los de una máxima humanización de la sociedad, tendrá que admitir que no siempre tienen al alcance los medios y las condiciones óptimas, y que, a veces, sin renunciar al ideal utópico, habrá que adaptarse a las posibilidades concretas. *Gaudium et Spes* n° 74-75.

- Describe un hecho que hayas vivido personalmente dónde se muestre que la actividad política es expresión de la construcción del Reino o de su negación.
- Causas y consecuencias del hecho presentado.

«JUZGAR», *“Reflexión creyente”*

Éxodo 3, 1-11	Salmo 123
Mateo 5, 1-16	Mateo 25, 31-46
Isaías 11, 1-9	Lucas 4, 16-24

Ahora bien, la Iglesia, al ganar a los pueblos para Cristo, contribuye necesariamente a su bienestar temporal, así en el orden económico como en el campo de las relaciones sociales. La historia de los tiempos pasados y de nuestra propia época demuestran con plenitud esta eficacia. Todos los que profesan en público el cristianismo aceptan y prometen contribuir personalmente al perfeccionamiento de las instituciones civiles y esforzarse por todos los medios posibles para que no sólo no sufra deformación alguna la dignidad humana,

sino que además se superen los obstáculos de toda clase y se promuevan aquellos medios que conducen y estimulan a la bondad moral y a la virtud. **Mater e Magistra** n° 179.

La doble aspiración hacia la igualdad y la participación trata de promover un tipo de sociedad democrática. Diversos modelos han sido propuestos; algunos de ellos han sido ya experimentados; ninguno satisface completamente, y la búsqueda queda abierta entre las tendencias ideológicas y pragmáticas. Toda persona cristiana tiene la obligación de participar en esta búsqueda, al igual que en la organización y en la vida políticas. **Octogésima Adveniens** n° 24

Sin embargo, para imbuir la vida pública de un país con rectas normas y principios cristianos, no basta que nuestros hijos gocen de la luz sobrenatural de la fe y se muevan por el deseo de promover el bien; se requiere, además, que penetren en las instituciones de la misma vida pública y actúen con eficacia desde dentro de ellas. **Pacem in terris** n° 147.

A la luz de los textos:

¿Puede ser la actividad política un espacio privilegiado para poder ir construyendo un mundo más semejante a lo que Dios quiere? ¿Por qué?

¿Qué interpelaciones has descubierto?

«ACTUAR», *“Compromiso creyente”*

Formula un compromiso concreto para cambiar tu propia conducta referente a la política.

¿Qué compromiso puede adquirir el grupo para ayudar a que otros cristianos de la parroquia vayan descubriendo la importancia de la actividad política como campo de acción del cristiano? 